

Un sensato monarca decidió reunir a los sabios de su reino para solicitarles que compilaran toda la sabiduría de su tiempo. Luego de muchos años de arduos trabajos los sabios volvieron a presentarse ante su rey con diez voluminosos libros conteniendo el material solicitado. El gobernante leyó con atención cada tomo y luego de haberlo meditado volvió a reunir a los sabios para pedirles, esta vez, que descartasen lo que no fuera esencial y redujeran a un solo libro lo más trascendente de la sabiduría humana. La tarea fue cumplida y un año más tarde los sabios volvieron a presentarse con el valioso fruto de su trabajo. El rey se tomó su tiempo saboreando con deleite las enseñanzas contenidas en la obra y, en una nueva reunión con los sabios, les solicitó, para asombro de estos, que ese mismo día, en esa misma reunión, redujeran a una sola palabra los móviles que llevan al hombre a actuar. ¿Cuál es, preguntó el preocupado monarca, la palabra que nombra aquella acción que prima en los hombres sobre cualquier otra, el móvil que desplaza a los otros? La respuesta no se hizo esperar. El más viejo de los sabios la pronunció lentamente y todos asintieron con sus cabezas expresando total conformidad: “Esa palabra que Su Alteza quiere saber es: SOBREVIVIR”.

Esta vieja historia es dueña de una verdad mucho más vieja que ella: todos los seres vivos procuran prolongarse en el tiempo y en consecuencia de ello actúan. “Eres el enemigo de ti mismo si no matas al enemigo que tienes por delante”, dicen realistamente los árabes. Y esas palabras, por duras que suenen, se acomodan perfectamente a los móviles que determinan nuestras acciones. Las nuestras, seres humanos dotados de una relativa razón, y la de todas las especies vivas, incluidas las formas vegetales más primitivas.

La voluntad de prolongarse en el tiempo, además, no sólo es individual, también es colectiva. Las hormigas ofrecen su vida constru-

yendo puentes con sus cuerpos para que sus congéneres pasen sobre ellos y puedan conservar la suya. Gestos de esta índole abundan en la naturaleza. Tan sensata es que la agresión intraespecie, es decir la agresión entre los miembros de una misma especie, disminuye en relación directa con la capacidad destructiva de dicha especie. A mayor capacidad destructiva menor voluntad de agredirse por parte de sus miembros. En otras palabras, los lobos son menos agresivos con los lobos que las palomas con las palomas. Esta arquitectura diseñada para proteger y prolongar la vida está, sin duda, marcada

a fuego en el ADN de todos los seres vivos y determina, sin que lo sepamos, ni lo sospechemos, muchas de nuestras conductas.

Por ello resulta curioso que esta autoproclamada criatura central del universo que es el ser humano actúe, en muchísimas oportunidades, a contramano de este instinto básico y esencial que es la lucha por la supervivencia.

Este hecho se manifiesta a nivel colectivo cuando nosotros, hombres y mujeres de este planeta, agredimos a la naturaleza con la errónea certeza de que dichas agresiones no causaran daños permanentes. Y estamos

equivocados. Muy equivocados. Y caemos fácilmente en la equivocación porque durante mucho tiempo esa premisa fue cierta. Eran tiempos en que nuestro consumo de los recursos naturales y nuestra capacidad de explotación de los mismos eran inferiores a la posibilidad de regenerarse de la naturaleza. En ese tiempo la naturaleza, casi maternalmente, podía componer nuestros desaguisados. Hoy, con el aumento de la población (ya hemos pasado los seis mil millones), la obsesión por el crecimiento económico (sin pensar en sus consecuencias) y el afán de lucro (que pareciera ser la filosofía de base de nuestro

tiempo), estamos depredando más allá, mucho más allá, de las posibilidades que tiene la naturaleza para recomponer su equilibrio. Por lógica desgracia la consecuencia de nuestros actos no puede ser percibida sino con el paso del tiempo y ello nos impide tomar conciencia sobre el daño irreparable que estamos provocando. En las décadas de los sesenta y setenta asistí, como observador, a numerosos coloquios convocados por la UNESCO sobre el futuro de la humanidad. En aquellos tiempos, aparentemente remotos, se hablaba con claridad de la situación de desequilibrio medioambiental que estamos viviendo en el presente. Todos aquellos científicos eran calificados de “alarmistas”, “poco objetivos”, “apresurados” y toda otra suerte de epítetos carentes de sentido. Ocurría, como ocurre ahora, que esas alarmas provocaban inquietud entre los bienpensantes y preocupación por sus negocios entre los irresponsables que antepusieron, como siempre ha sido, sus intereses particulares por sobre los intereses del conjunto. La diferencia era que en esta ocasión no se trataba de una discusión política entre clases sociales, sino que el conjunto éramos todos y todos, incluidos los irresponsables, pagarían y pagarán por esta afrenta al medio ambiente.

2

Hoy la diferencia es aún mucho más dramática pues esos daños de los que se hablaba cuarenta años atrás ya son perceptibles. No sólo perceptibles: son también mensurables y ponderables. Lo que no parecen ser, desgraciadamente, es evitables. Sólo una acción dramática, producto de una decisión política imposible de tomar en los tiempos que corren, podría detener el reloj de la futura destrucción. Los acuerdos de Kyoto, destinados a evitar el calentamiento terrestre, han sido ignorados por el mayor productor de gases tóxicos del planeta: Estados Unidos. La razón simple y llana: firmar esos acuerdos aumentaría los costos de la producción y las empresas se volverían menos

La última oportunidad

DOLIDA CRÓNICA DE UN ECOCIDIO ANUNCIADO

Guillermo Giacosa

Es preferible un planeta menos sofisticado a que no haya ningún planeta.



competitivas. Esta situación, que por absurda no merece comentarios, puede ilustrarse con una historia que alguna vez le escuché relatar a Fernando Savater: una vieja dama rusa atravesaba en tren la inhóspita Siberia, donde una terrible tormenta hacía aún más sobrecogedor el paisaje. Un eventual compañero de viaje le dijo a la dama: Qué tiempo terrible, por Dios. Y ella, sabiamente, le respondió: Es preferible que haya un tiempo terrible a que no haya ningún tiempo. ¿Es tan difícil entender que por competitivas y eficientes que sean las empresas no habrá ningún negocio, por fantástico que sea, que pueda existir si la naturaleza no puede prolongar su propia existencia? ¿Es tan difícil entender que es preferible que el planeta conserve la vida y la salud a que un grupo de empresarios haga buenos negocios? ¿Es admisible que seamos tan rematadamente tontos?

Cuando algunas de las cabezas coronadas por el supuesto conocimiento de la economía pontifica sobre esta ciencia, pocas veces se escucha hablar sobre las consecuencias del crecimiento económico. Hablan de él como un bien en sí mismo y como si éste se diera en el vacío, en una suerte de espacio virtual invulnerable a cualquier posibilidad de destrucción.

La lógica del capitalismo salvaje es, a la larga, una lógica ecocida y genocida que, en el fondo, es más o menos lo mismo. Ya nos dijo astutamente el último y actual presidente de los Estados Unidos, que el ideal para que no haya incendios en los bosques es que no haya bosques. Suena a ignorancia beligerante o a broma, pero tiene regusto a blasfemia.

Blasfemia porque atenta contra lo único que tenemos en común y que es el espacio en el cual habitamos. Templo en el cual la vida intenta perpetuarse y crecer. Más allá de las gigantescas diferencias económicas, todos vivimos de aire, agua y alimentos. Y de los dos primeros, al menos, comienzan a deteriorarse el uno y a casearse el otro.

3



Las alarmas que comienzan a sonar en todo sitio parecen no perturbar la marcha de los mercados. Ellos siguen jugando al subibaja de las acciones mientras el espacio exterior a las paredes que albergan sus juegos infanti-

este planeta.

Los informes anuales de las Naciones Unidas sobre cada país repiten en cada caso y casi como cantinela: “sus ríos están contaminados, sus recursos de agua potable son cada vez más es-

guerras del agua. Las estadísticas son desesperantes: “Un tercio de la población mundial vive en áreas con problemas de agua, donde el consumo supera la demanda. Para el año 2025, dos tercios de la población estarán

“Por ello resulta curioso que esta autoproclamada criatura central del universo que es el ser humano actúe, en muchísimas oportunidades, a contramano de este instinto básico y esencial que es la lucha por la supervivencia.”

les comienza a caerse a pedazos. Se me ocurre pensar en ellos como en los condenados que asisten a un último banquete y que evitan pensar en el tiempo que vendrá. Jugar a enriquecerse es un estupendo pasatiempo para olvidar el horror del futuro. Desgraciadamente ni siquiera esto es cierto. No se están evadiendo. Así como ayer fueron ciegos a las previsiones que se les formulaban, hoy son ciegos, sordos y estúpidos frente a lo que ya está ocurriendo. No evaden, simplemente no piensan. Han interiorizado que el mundo es un regalo que durará siempre y no comprenden que están actuando como si su generación fuera la última destinada a habitar

casos, avanza el proceso de desertificación”, etc. Con respecto al proceso de desertificación en el que la actividad humana tiene responsabilidad directa, es bueno saber lo siguiente: Un tercio de la superficie terrestre (4.000 millones de hectáreas) está amenazado por la desertificación, y más de 250 millones de personas se hallan directamente afectadas por este fenómeno. Cada año desaparecen 24.000 millones de toneladas de tierra fértil. Entre 1991 y 2000, solamente las sequías han sido responsables de más de 280.000 muertes, y representan el 11% del total de desastres relacionados con el agua.

El siglo XXI, dice la ONU, nos enfrentará a las

atrapados en esta grave situación de seguir sin control las actuales tendencias”.

4

Un quinto de la población mundial no tiene acceso al agua potable. Seis mil personas, principalmente niños y en su mayoría en países en desarrollo, mueren cada día como resultado del agua sucia y contaminada. Anualmente, esto equivale a que la población total de la zona central de París quedara borrada del mapa. La contaminación por efecto de las aguas residuales de los ríos y mareas ha precipitado una crisis en salud de proporciones masivas. El consumo de mariscos contaminados está causando un estimado de

dos millones y medio de casos de hepatitis infecciosa cada año, lo cual ha dejado unas veinticinco mil muertes y otras veinticinco mil personas sufriendo de una incapacidad prolongada debido a daños al hígado.

Aproximadamente la mitad de los ríos del mundo se encuentra en condiciones de contaminación y agotamiento graves.

Dos mil millones de personas, cerca de un tercio de la población mundial, dependen de los suministros que ofrecen las aguas freáticas. En algunos países, como en partes de India, China, Asia Occidental, incluyendo la Península Arábiga, la ex Unión Soviética y la zona oeste de los Estados Unidos, los niveles de las aguas freáticas están cayendo debido a una sobreexplotación. Estas aguas en Europa Occidental y Estados Unidos están también contaminándose en forma creciente por el uso de químicos en la agricultura.

Si bien hay algunas experiencias positivas de recuperación de algunos recursos, como el Támesis que estaba muerto y hoy tiene 120 especies vivas, la tendencia es dramáticamente negativa.

El orden económico actual, que privilegia la eficiencia por sobre cualquier otro factor, no permite enfrentar adecuadamente la problemática de vida o muerte que estamos atravesando. La voluntad de sobrevivir, que señalaron a su monarca los sabios de la historia con que iniciamos esta nota, parece haber sido ahogada por una cultura del lucro y el bienestar que, con la magia de sus artificios atractivos pero vacíos, parece habernos hecho perder la brújula del único rumbo posible para salvar nuestra especie y las demás especies vivas.

Estamos atrapados en un orden económico efectivo pero irracional.

Quizá sea demasiado tarde para volver atrás, sin embargo valdría la pena intentarlo aunque fuera como el último gesto de una humanidad que intentó aprovechar creativa y compasivamente las magníficas potencialidades de las que estaba dotada.

■